

San Agustín y el tema de la Interioridad

(A propósito del XVI Centenario del nacimiento del Santo) (*)

El autor de las primeras Confesiones de la historia, San Agustín, suscita hoy en esta cátedra del Instituto Filosófico de BALMESIANA el argumento de nuestro mundo interior, y es justo lo vayamos estudiando y desentrañando. Cada uno dentro de su especialidad y sus gustos. Me toca a mí hacerlo desde el punto de vista cultural, divagando por el valor humano de la interioridad y de sus orígenes literarios y filosóficos.

Convengamos por de pronto en que la interioridad es en muchos casos nuestra última instancia. Las cuestiones supremas de vida y muerte, cuando el amor o el odio se desencadenan y ponen en conmoción la escena humana, quedan pendientes de solución hasta que hable la interioridad. Una vez que ella se ha revelado, acaso por una indiscreción, por una carta subrepticamente lograda, por un soñar en voz alta criminalmente espiado, el desenlace se precipita, muchas veces de modo dramático. Es pues la interioridad la que manda y decide. Asimismo en los casos en que buscamos dar tono y color auténticos a nuestra conducta, echamos mano de ella. A quien queremos distinguir con nuestro afecto, le decimos que le hacemos de nuestra intimidad, que le abrimos los senos del corazón. Con ello creemos haberle dado la mayor muestra de nuestra estima.

Es curioso observar lo tan diversamente que procede el juicio oficial, el de los convencionalismos fríos, al tratar de demostrar su aprecio. A quien quiere distinguir con él, lo levanta, le da categoría de ser elevado, le confiere mayor visibilidad y publicidad, le hace hombre público. Levantándole sobre los demás, es como le honra y enaltece. El hombre privado en cambio, se acaba de indicar, esconde al que hace objeto de su predilección, le mete dentro de sí, lo lleva a la intimidad y al secreto, esto es, le niega publicidad y relieve. En el primer caso el signo de preferencia va por lo alto; en el segundo, por lo bajo o íntimo. La razón es sencilla; la sociedad no tiene mundo interior, carece delpreciado

(*) Conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico de Balmesiana el 8 de mayo de 1954.

don de la intimidad, es una personalización hecha con retazos de personas moralmente unidas. Es sólo persona moral.

Al hablar así, no es que estemos desestimando ni la naturaleza ni la estructura de lo social, sino que notamos las dos caras o dimensiones por las que se realiza nuestra existencia. Una externa, más o menos ajustada a las formas exigidas por la sociedad, y otra interior, de sello individualista, inaccesible a las imposiciones de fuera, pero no por eso en contradicción con la primera. Son dos aspectos que se completan, al modo que en un edificio su fachada e interior. La fachada cumple su oficio con ser fachada, exterioridad toda ella, y anunciar de alguna manera el interior, que podrá albergar riquezas más o menos previstas, con otras ni siquiera sospechadas y conocidas a los íntimos de la casa. Sólo cuando negara positivamente estas riquezas, diríamos que se trata de una fachada falaz e hipócrita. En cambio, una fachada que prometa o aparente más de lo que alberga el interior del edificio, podremos decir que es mala fachada, que es engañosa. Y ello porque, según observábamos antes, la interioridad es lo primero, es un valor superior, y lo extrínseco ha de estar subordinado a la interioridad. La fachada es por el interior y no viceversa. Un hombre que es sólo fachada está ya descalificado.

Es una providencia que quede oculto el santuario de la intimidad, sobre el que no puede ejercitar jurisdicción ningún poder humano. Está al abrigo de toda intervención extraña. «La conciencia sólo es de Dios», sentenciamos nosotros ante los conatos de una molesta intromisión en ella. «Mi casa, mi castillo», proclaman los ciudadanos de un pueblo celoso de sus libertades individuales. Por algo se condena el empleo de las drogas destructoras de la intimidad, vgr. el pentatol, lo mismo que el uso de los tormentos con que antiguamente se pretendía extraer la confesión a los procesados. Por algo también se proscriben los métodos de sugestión hipnótica cuando tratan de violentar las puertas del corazón, aunque sea por altas razones de Estado. Es ilícito semejante empleo por atentatorio de la dignidad humana. En la misma confesión sacramental, la manifestación de las culpas ocultas estará mandada, pero la posición del acto manifestativo sigue a merced de la voluntad libre, a la que no es posible violentar. Y lo que en dicha confesión haya como de menoscabo de los santos exclusivismos que reclaman nuestro fuero interior, queda compensado por un sigilo del todo inviolable, tal como quedó patente en el caso de San Juan Nepomuceno, mártir del sigilo sacramental.

Se ha dicho al hablar del detector de mentiras, inventado para verificar reactivamente si se está o no mintiendo, que el mundo necesita estar libre de él, porque con nuestra interioridad

amenazada por dicho instrumento, la vida social se haría intolerable. No es que el hombre necesite mentir, sino que la convivencia, para ser llevadera, necesita de mil restricciones mentales. Las múltiples formas de cortesía, ¿qué son sino una hipocresía culta? Hay reacciones, estados de ánimo, sentimientos que son inconfesables y han de ser reprimidos. Sobre ellos debemos ejercer una vigilancia rigurosa e impedir que se exterioricen. No es menester mucha imaginación para figurarse lo que sería nuestra existencia, si nuestras opiniones de los prójimos y las que ellos tienen de nosotros estuvieran patentes. La vida social fuera entonces insociable, en ocasiones repugnante, pues habríamos de condenarnos a presenciar tantas lacras y gangrenas morales que corroen los corazones sin la defensa de unos vendajes piadosos que las apartaran de la vista. Las mismas formas rústicas que por lo espontáneas llegan a gustarnos en algún momento, a la larga se nos hacen insufribles.

Está pues bien ideada la ocultación de nuestro ser interior, y están bien reprobados los instrumentos delatores de nuestra intimidad, sean drogas o resortes síquicos.

Hagamos notar, no obstante, que la prohibición de los detectores de conciencia no es precisamente porque hagan intolerable la vida social. La razón principal de esa prohibición está en el valor mismo de la interioridad como asiento de la persona humana, como su centro y raíz, inviolable en consecuencia, exactamente como son inviolables los orígenes o las fuentes de la vida biológica. El manantial de aguas, sobre todo si se trata de aguas ricas, se procura tener guardado de toda posible mancha o desviación. En él está germinalmente la salud de las gentes y la feracidad de la comarca. No se le puede tocar y en todo se le debe respetar. Como deben respetarse y mantenerse ocultas a la mirada de los profanos las raíces de nuestra actividad intelectual y volitiva, de nuestro ser espiritual. La curiosidad misma con que los indiscretos tratan de asomarse a él, nos está diciendo el valor que tiene y cómo debemos respetarlo en los demás y en nosotros mismos. No hay espectáculo más pobre que el de un señor, o que se crea señor, sin interioridad, hecho comidilla de todos, con todas las raíces de su ser al aire.

* * *

Con estas vagas notas sobre el precio del interior humano, entremos en la cuestión que nos ocupa. ¿Qué debe a San Agustín la ciencia y el arte de la interioridad? Porque mucho de lo acabado de decir es de fondo tan universal, que no es de creer haya tenido que esperar al Santo para ser inventado.

Efectivamente, la interioridad en su valor general ha sido

cultivada siempre por los hombres, y en consecuencia no debe atribuirse a San Agustín en este punto descubrimiento de ninguna clase. Pero la interioridad en su valoración culturista le debe mucho. Gracias a él se empezó a cultivarla por sí misma y como algo aparte en las ciencias y en las artes.

Ya sabemos que en los días de la civilización greco-romana regían las puras exigencias legalistas, sin que se le ocurriese a nadie que hubiéramos de dar cuenta de nuestros pensamientos y deseos ocultos. Los paganos se despreocupaban por semejantes detalles que estimarían meras sutilezas. Allí todo era fachada; no cabía hablar de un mundo interior. El orden moral se confundía con el orden jurídico, con la moralidad externa, y el orden religioso con la posición de los actos del culto formal y público. Suponer que culpa no exteriorizada pudiera importar por sí sola referencias ofensivas para un Dios, o que el servicio del Señor empezara en los ámbitos del corazón, era pedir demasiado.

A ningún legislador o moralista griego o romano se le ocurrió llevar las exigencias de su doctrina hasta las intenciones o afectaciones ocultas que hubieran de vigilarse o dominarse. Todo lo más por motivos pedagógicos, para que engendrado el delito en el corazón, no pudiera salir al exterior; nunca, como llevamos dicho, porque constituyese ello sólo de por sí ofensa divina. Tampoco las escuelas filosóficas, a pesar de haberlas habido de orientación ascética, la de Pitágoras por ejemplo, creyeron deber profundizar demasiado en los senos de la conciencia. Prescribieron cosas muy buenas: el silencio, el examen de conciencia, abstinencias y austeridades, pero referido todo al cumplimiento de un reglamento, a que la secta viviera próspera, sin insistir para nada en los bienes de un espíritu oculto a la vista de los hombres y patente a la del cielo. Dígase otro tanto de los estoicos que exigían un dominio de las pasiones que llegara hasta la serenidad del alma, mas para sólo los efectos de la conformación del hombre social. Los mismos sacerdotes de las religiones paganas hacían bastante con sostener un culto oficial y externo; de las bellas reconditeces de la religiosidad del alma, de sus actividades múltiples, iluminaciones, entregas, renunciaciones, místicas—no báquicas— exaltaciones, sabían poco o nada. En la antigüedad, lo dejamos dicho, se cultivaba sólo la fachada en el orden moral y religioso; no podía haber inquietudes por lo que pasase en el fuero interno, que era aún desconocido.

En este punto Jesucristo señala un cambio radical. Su género de vida es ya una consagración de la vida oculta, y no sólo por los treinta años que vivió en el retiro de Nazareth, en íntima unión con su Padre, sino porque, cuando se encaró con los escribas y fariseos, con los sacerdotes de la Ley, proclamó la primacía de la santidad interior sobre los legalismos y prescripcionismos mejor revestidos. Entonces se oyeron de los labios del Redentor

aquellos terribles anatemas contra una religiosidad de «sepulcros blanqueados» que estaba convirtiendo el servicio del Templo en vil negocio y la virtud de la religión en abominable hipocresía.

Vela por la interioridad, enseñaba Jesús; vela preferentemente por ella. El acto moral y religioso tiene que radicar en la intimidad del corazón. En el interior se consume el pecado; con sólo malos deseos, con sólo admitir depravados pensamientos, aunque no los hayas puesto por obra, has ya fornicado, has adulterado ante el Señor. Igualmente, el servicio del Altísimo, más que las esplendideces del Templo de Jerusalén o de Garizin, reclama la verdad y la sinceridad de las intenciones puras del espíritu.

Tras de proclamar así Jesucristo la primacía de la vida interior, y precisamente en los dos aspectos más trascendentales de nuestra actividad espiritual, la moral y religiosa, se esfuerza en hacernos ver que la vida sobrenatural que El ha venido a instaurar, transcurre en los senos del alma. Hemos quedado incorporados a una Iglesia visible, pero la germinación y desarrollo de la nueva criatura es un fenómeno oculto, manifiesto sólo a los ángeles. La actividad de la gracia santificante, con un séquito de dones sobrenaturales, de efusiones y entregas, se realiza toda o casi toda de puertas adentro, como que los cristianos parecemos seres de una esfera sutil e ideal, que se dijera emparentada con la de las ideas de Platón. La vida cristiana, es claro que tiene floración de virtudes, de buenos frutos, de actos del culto divino para afuera; se manifiesta asimismo por frecuentes actos de sumisión a la Jurisdicción y el Magisterio, pero según su naturaleza y orden precisos se desarrolla en un centro interior, hacia el que nuestras fuerzas todas convergen y del que todas ellas sacan su virtud.

Este centro lo ve Dios. El lo bendice y conserva. En él, que es donde está la sede de la personalidad, como se apuntó antes, ha puesto la Trinidad augusta su morada, y debe cuidársela como tal, preservándola de todo hálito de corrupción, aunque sea de sólo pensamiento. Porque también la suerte última del hombre se decide en las reconditeces del espíritu.

Nadie se salva por otro, quiero decir, nadie logra su destino último por delegación que haga de sus poderes y de su responsabilidad moral en otro. Es cierto que la salvación eterna es merecimiento de los méritos de Jesucristo, pero requiere la cooperación de cada uno, sin que valga acogerse a santidades que no sean las mías propias. Mías y de mí absoluta exclusividad. He aquí otra nueva consagración de la interioridad por parte del cristianismo.

La colectividad tiene su razón de ser. Lo social debe cultivarse y fomentarse, porque el hombre está destinado por Dios

a ser miembro de la sociedad, con lo que muchas veces entrega el dominio de sus actos en manos del jefe o del superior. Muchas de sus actividades económicas, políticas, científicas van efectivamente regidas por un director, para que unificados en él los esfuerzos, se consigan mejor los fines. Eso es elemental; el hombre tiene que pensar y obrar muchas veces con la cabeza de otro en asuntos importantes de su vida. Lo que no puede es ser moral y religioso con la sola cabeza o responsabilidad ajenas, tal como creía poder hacerlo la sociedad pagana, al someterse ciegamente a sus emperadores y pontífices. Creer a éstos fuente de la moralidad y de la religión, era tanto como suponer que el obedecerles, ello sólo sin más, constituía acto moral o religioso, y en consecuencia un mérito ante el Galardonador supremo. La formación de la conciencia quedaba pues simplificada, y el sentido de la responsabilidad traspuesto totalmente en el superior.

En el cristianismo no hay voluntades ajenas que funden o creen mi comportamiento moral o religioso. Uno y otro debe realizarse en mi juicio y asentimiento, en mi libre y plena aceptación. Yo, con mis actos, con mi intención pura, con mi sola voluntad constituyo mi conducta moral y religiosa; y bajo mi responsabilidad, sin posibles intromisiones ajenas, se tramita la preparación de mi suerte final. Los méritos o deméritos dimanantes de mis actos proceden de lo que sea yo por dentro, de lo que pasa entre Dios y mi alma.

* * *

Se ve pues por lo dicho cuánto ha reforzado y enriquecido el cristianismo nuestra interioridad. Allí donde siente uno su miseria, su ser de persona como algo indiviso en sí y dividido de todo otro, allí donde la conciencia flota impertérrita sobre las alteraciones de nuestro afán diario, es también donde se verifica plena y real la vida moral y religiosa. Desde allí sacamos las fuerzas para cumplir dignamente nuestra misión terrena, y terminarla con la consecución de la eterna.

Esto es, a grandes rasgos, lo que se llama la vuelta a la interioridad operada por el cristianismo. Vuelta que importa revolución no sólo moral y religiosa, sino humanística o cultural, ya que esta gran idea evangélica, al apoderarse de las gentes, lleva hondas repercusiones a su conducta, que se traducen luego en manifestaciones sin cuento. Históricamente resulta fecunda, lo veremos pronto, en hechos y escritos insignes, en documentos artísticos y científicos.

Evidentemente, la vuelta de que hablamos, en principio, quedó proclamada por el Fundador del cristianismo, y su realización hacía ya sentir entre los cristianos de los primeros tiempos. Pero como suele suceder, para quedar incorporada a la

cultura, necesitó de algo más. Necesitó de un hecho ejemplar, insigne, de dimensiones históricas, con que quedara patente a la vista de las gentes. Y este hecho ejemplar e insigne se dió con la publicación de las Confesiones de San Agustín, el primer documento de la interioridad humana. Examinémoslo.

Agustín de Tagaste, en la Numidia, ha vivido un paganismo brillante pero extravertido, de escasa vida interior. Ha derrochado energías y talento al servicio de la retórica y de la filosofía, mas sin alcanzar la paz del alma. A los 33 años, tras largo proceso de vacilaciones y lucha, se convierte a la religión cristiana. Acaba ésta por poseerle del todo, le mete dentro de sí, y le enseña a buscar la Verdad por los caminos interiores en los senos que habita la gracia santificante. Le enseña a pensar y sentir para dentro. Una vida escondida en Dios hace sus delicias, y dedica a su estudio los mejores ratos de su existencia. No es sólo el arrepentimiento de las pasadas culpas lo que le mete dentro de sí, sino el gusto que siente en la consideración de las realidades maravillosas del alma santificada por Jesucristo.

El silencio y la soledad coadyuvan a dar profundidad a su introspección, notable de por sí, y su talento, impulsado por el deseo de glorificar a Dios en las obras de la interioridad, tan grandes como las que pregonan su grandeza en la naturaleza, cree que pueden y deben ser manifestadas. Nos cuenta el Santo, que redactó sus Confesiones más que para informar y saciar la curiosidad de las gentes, para excitar su afecto hacia Dios misericordioso, bueno siempre para quienes sepan invocarle. Las escribió, pues, no precisamente para fines culturistas, sino para fines sobrenaturales. Ni podía ser de otro modo. Los santos no se proponen nunca la cultura por la cultura misma; lo que tampoco quiere decir que no la hagan o fomenten.

Si los cristianos, tan dados a la interioridad, veían en ella motivos de edificación, más o menos tarde tenían que iniciar una literatura que la consagrara. Tenían que describir los mil maravillosos fenómenos que se verifican en la intimidad: los encuentros del alma con su Dios entre escenas de amor, de fe, de esperanza, de entrega de la propia voluntad, sin resistencia unas veces, otras en forma de lucha dramática con el mal espíritu, siempre con perspectivas magníficas. Como las grutas y cuevas subterráneas que después de haber estado siglos y siglos ocultas, nos muestran de golpe la maravillosa fábrica de sus columnas y artesonados fantásticos, de sus galerías adornadas de estalactitasafiligranadas, los senos del alma, por tantos siglos inexplorados, nos descubrirán sus magníficos tesoros de orden sobrenatural. Un caso de espeleología a lo divino.

Redactó pues San Agustín el diario íntimo de su borrascosa vida juvenil, y salió a luz el primer estudio de la interioridad.

Quedaba inaugurada con él la novela psicológica desde luego, pero también el género de los diarios íntimos, de las autobiografías, de los recuerdos, de las confesiones, de los mil temas de la intimidad que inundan hoy las librerías, sin excluir esa otra variedad de trabajos que se dedican a la descripción de los procesos síquicos, a la fijación de los elementos constitutivos del ser humano, vgr., en la corriente existencialista ahora tan en boga. Se había iniciado la gran literatura antropológica pero con el hombre visto y estudiado desde dentro.

¿Es que anteriormente no existía cosa semejante? Los griegos que supieron inventar tantas ramas del saber humano, que fueron tan inquisitivos y curiosos, no fueron capaces de fundar la ciencia de la interioridad. Esta, al menos como un todo y como un saber aparte, les estuvo inaccesible según indicamos antes por el poco aprecio que su moral y religión hizo del elemento intrínseco. Platón y Aristóteles disertaron bellamente sobre problemas humanos, pero estudiados en sus caracteres generales o universales. Su antropología es la que se deja conocer por los modos conceptuales, sabios y profundos desde luego, pero con abstracción del rasgo individual y concreto. Cuanto a la revelación misma de la interioridad, tenían ideas bastante rigurosas. Platón, en su Carta 7, asegura no ser propio de hombres graves ir publicando lo que les pasa dentro. Aristóteles asienta en su *Ética*, que el hombre ideal o ejemplar no debe hablar de sí ni de ningún otro. Con lo que daban una excelente regla que prevenía los riesgos de una manifestación inconsiderada de la intimidad, pero ignorando que sucedieran en ella hechos dignos de pasar a la historia. ¿Qué podía ocurrir en el seno recóndito de las gentes de entonces, sino se sentían aún iluminados por los fulgores de la gracia, cuando sus actos apenas tenían exigencias más allá del cumplimiento formal de la ley!

En la literatura clásica no hay en efecto modelos insignes de memorias del carácter de las que ahora comentamos. Cojamos por ejemplo el libro de las Reflexiones del emperador Marco Aurelio, el más completo de los que redactó la introspección pagana. Magníficas como programa estoico sus páginas, tienen en cambio poco dato biográfico, y desde luego ningún interés dramático. Es una admisión serena de la doctrina de su secta en tono casi profesoral, sin intimidad ni calidez, sin los azares de una interioridad que se agita, se oscurece o ilumina. Al leerle, nadie hablará de riqueza síquica ni de grandes tesoros humanos encerrados en el libro. Ni dirá que sus frases hallan resonancia en su propio espíritu. Es que Marco Aurelio es pensamiento más que sentimiento, y tiene poco del hombre que nos es tan caro, cuando le vemos inserto en la vida azarosa humana, con las peripecias de una existencia novelesca. Para ser el primer novelista de la intimidad precisaba ser Agustín.

Con esto, estamos tocando el punto de su preparación literaria y filosófica, y vale la pena de declararlo un poco. Además de amplia cultura, poseía Agustín gracia, agilidad, agudeza, mucho sentido humano. Esto último sobre todo. Toda la fragilidad del ser hombre, su emocionalidad despierta ante la conciencia de la inseguridad interna o metafísica que nos sobrecoge y anonada, se va reflejando en su alma, impulsada por un afán de ser útil a sus semejantes, entre los que se cuenta como uno más. Ha sido uno de ellos, ha vivido sus ansias y cuidados, sus pasiones y caídas, sus ilusiones y mortales abatimientos. Conoce bien el mundo y... el mundo tiene que conocerle a él.

A la vez que grandes dotes de sensibilidad, tenía Agustín destacadas, geniales para muchos, de inteligencia, con un horizonte ideológico muy vasto, con una interpretación de la historia excepcional, de modo que en su libro se den la mano conocimientos humano, naturales e históricos, religiosos y profanos. Según eso, la narración animada de la escena del mundo se entrevera en él con magníficos vuelos doctrinales y devotas oraciones, confiriendo al libro valor tanto biográfico como científico y religioso. Pues hay que reconocer que trozos del mismo son esbozos de psicología, pedagogía, filosofía de la historia, teología, ascética y mística. Humano y divino es a la vez el libro de las Confesiones. Por lo mismo, cayó sobre el mundo y la literatura universal metiendo mucho ruido, constituyendo un gran éxito de librería.

Después del Nuevo Testamento, así se ha escrito, ningún otro libro ha sido tan de todos como el de las Confesiones, y ninguno tampoco de tanto influjo en la vida de los fieles. No sólo alimentó la devoción de las almas, sino que les enseñó a dirigir la atención a la vida interior, y a hacerla pública cuando contribuyera ello al bien de la religión. Sólo de la religión en los primeros siglos, a base de las mercedes que el Señor comunicara a sus escogidos, como confesión humilde de las culpas, hasta que círculos más amplios de la cultura empezaban a laicizar el género utilizándolo para fines exclusivamente literarios o científicos, como recreación y como material de investigaciones humanas.

Al recordar ahora la floración «confesionista» ha provocado el libro del gran Doctor, con el consiguiente beneficio de la cultura religiosa y profana, advertiremos que el Santo que enseñó a revelar la intimidad, no lo hizo sin dar criterios de cómo y cuándo han de hacerse las confesiones. Una psicología nada privilegiada, de rasgos comunes y de riqueza no apreciable, o un espíritu procaz y con poco sentido de la dignidad humana, debe abstenerse de hacerlas. Es género difícil, y requiere no sólo respetos humanos, sino divinos. Lo que Dios hizo para vivir oculto, y tal es el caso de la intimidad, sólo debe publicarse por

altas razones de edificación. Sabemos que no ha sido siempre así, que se ha abusado de las confesiones y de la malsana curiosidad que existe para leerlas, haciendo literatura desaprensiva, lúbrica, pero ello no quita méritos al acto de San Agustín. Es asimismo cierto que este género literario se ha prestado a mucha revelación mentirosa con detrimento de la verdad. Se trata, no hay duda, de una literatura peligrosa, muy propicia para sembrar confusionismos lamentables. También en esto, con su sinceridad por todos reconocida, ha sido ejemplar el Santo, y nos ha dejado criterios internos, que en unión de otros extrínsecos, sean suficientes para deslindar la confesión verdadera de la falaz o fraudulenta. En la gran serie de las revelaciones de la interioridad está hecha ya la selección, y se sabe a qué atenerse. Todos dicen verdad, sólo que hay que saber captarla y definirla; unas veces es la verdad de la verdad, otras la verdad de la mentira, de la exageración, del desfiguramiento, de la vanidad, de la procacidad.

Repasemos brevemente los desarrollos que ha tenido en la historia de la literatura y de las ciencias, de la religión y del arte el gesto agustiniano que comentamos.

En los anales de la vida religiosa cristiana las imitaciones del Santo se multiplican desde los días casi de San Agustín, muchas veces en forma poco literaria como en la breve y escueta «confesión» de San Patricio, apóstol de Irlanda. Son muchos los relatos autobiográficos de conversiones en el mundo medieval, moderno y contemporáneo, en las que la acción de los espíritus, bueno y malo, se ha debatido en lucha enconada por la posesión del alma, hasta el triunfo definitivo de la gracia. El alma de los grandes convertidos resulta hoy una perspectiva familiar a los cristianos cultos; una interioridad de la que se sabe más muchas veces que de la fisonomía misma del sujeto, conociéndose perfectamente el proceso de sus reacciones interiores, la inserción de lo divino en ellas, y la forma sutil callada con que el buen espíritu fué llevando a feliz término la obra de la conversión. De su interés humano no cabe dudar, ya que entre los convertidos hay voluntades recias, inteligencias relevantes, sensibilidades exquisitas, que sometidas a la prueba de una resolución heroica, dejan ver el fondo íntimo del alma. Pero su interés, propiamente, es teológico. Entre los tratadistas de la espiritualidad, el proceso de las conversiones es un tema favorito, por suponer una intervención extraordinaria de la gracia, digna según eso de estudio también extraordinario. Las conversiones están no sólo analizadas, sino contrastadas y clasificadas, de modo que se pueda hablar del mayor o menor valor teológico de las mismas, de su ejemplaridad más o menos predicable. La teología, acabamos de indicarlo, opera sobre las narraciones de los convertidos como el científico sobre los bólidos caídos de los espacios. Ve en ellas una

intervención especial o especialmente esclarecedora de la remota religión sobrenatural, y procura extraer de su análisis secretos que contienen y mucho le interesan.

Pero el ejemplo de San Agustín, contándonos sus culpas, ha despertado actividades autobiográficas de otra índole. Me refiero a las de las almas santas, convertidas o no, que han querido hacernos participantes de los favores y luces celestiales que han experimentado. En ocasiones, regalándonos preciosas autobiografías, como la de Sta. Teresa de Jesús, honra y prez de la literatura universal. No se trata ya del estudio de una crisis o de un momento sometido a brusco cambio de vida, sino del ser habitual de una personalidad rica en dones humanos y sobrenaturales que se nos hace patente, y por el que nos movemos en plan de admiradores y estudiosos. Moradas, cánticos espirituales, coloquios, raptos, éxtasis, deliquios, comunicaciones divinas, contemplaciones, etc., surgen ante nuestra consideración entre los encantos de un estilo maravilloso que se diría más de ángeles que de hombres.

Si el día de hoy no hay cristiano medianamente culto que no esté acostumbrado a cierta visión de profundidad cuando habla de personas santas, es porque lo leído en diarios íntimos y autobiografías nos hace suponer y con razón, que la acción del Espíritu Santo en los corazones es muy activa y excede a cuanto la imaginación más atrevida pueda figurarse. Un mundo feérico, tan amplio como profundo, se ofrece por esta parte a la consideración de la ascética, de la mística y de la teología. Mucho se ha investigado y se sigue investigando.

Por el lado profano no ha sido menos copiosa la floración interiorista. El estudio de la historia y de sus personajes en su aspecto íntimo va sobreponiéndose a cualquier otro, y cabe decir que se está ensañando en él. Todos quieren a sus personajes vistos desde dentro, como fueron para su ayuda de cámara en su vida privada e íntima. En este respecto, se está abusando del género. Lo que no quita, que la literatura se haya enriquecido con su cultivo, y que el conocimiento de lo humano se haya ampliado. La dimensión de profundidad que alcanza ahora la narración de las grandes épocas y de sus héroes vale por mil relatos «superficiales» de la antigüedad, y está contribuyendo a un mejor conocimiento de la realidad cultural, mientras las confesiones a lo Rousseau, o los diarios íntimos a lo Amiel o Gide, entretienen a los ociosos, y por lo menos sirven para dar la medida exacta de la frivolidad y desaprensión humanas. Fuera del género manifestativo de los reductos del corazón, el gusto por la intimidad se ha desbordado en los valiosos análisis de la novela psicológica, muchas veces autobiográfica, dándonos no ya en forma doctrinal, sino atractivamente literaria, personificacio-

nes de casos de venganza, de resentimiento, de obsesión, de «líbido», de subconsciencia, de desdoblamiento de la personalidad, de sadismo, masoquismo, impotencia, con todas las anomalías y misteriosas encrucijadas del siquismo humano. Novela y teatro han hecho en este punto su agosto, explotando desgraciadamente los resortes de una malsana curiosidad, pero contribuyendo después de todo al esclarecimiento de los rincones de nuestro ser.

Veamos ahora la huella del primer narrador de la intimidad humana en las ramas del saber metódico o científico, en la psicología experimental y en esa ontología antropológica que se dice hoy existencialismo. Se trata ya no del arte, sino de la ciencia, de la intimidad, la que parece cuadrar mejor a la especialidad filosófica del Santo.

Lo meramente estético y espectacular de buena parte de los estudios mencionados hasta aquí tiene que completarse, según las exigencias de la cultura, con el estudio puntualizado de los componentes que integran nuestro siquismo y del funcionamiento del mismo. Prescindiendo, por supuesto, de lo individual y concreto, y persiguiendo la universalización, el establecimiento de las leyes generales y constantes. Las conquistas logradas por la ciencia experimental en tal sentido nos son conocidas. El mapa de la interioridad o la sicografía está elaborado, lo mismo por el lado normal que el anormal de los caracteres humanos, y nadie, por muy excepcional que se crea en sus siquismos, intente evadirse de sus trazos o se imagine fuera de sus cuadros. Nuestra morada interior, cuyo inventario tan gloriosamente inició el gran Doctor, está ya recorrida y registrada hasta el último detalle, y nuestras facultades sensitivas y las cognoscitivas y volitivas superiores, en la modalidad múltiple de su constitución, de sus campos de actividad, y de su «mecanismo», están perfectamente descritas.

La labor gigantesca de la psicología experimental que ahora señalamos y que seguramente importa la conversión máxima que el estudio haya logrado hacia los ámbitos interiores, está provocando a la hora presente peregrinos casos de confesiones a lo San Agustín. Me refiero a la audaz encuesta realizada últimamente por Kinsey en los EE. UU. de América, en la que para fines de estadística ha hecho manifestar a miles de hombres y mujeres la conducta sexual que durante su juventud hayan observado. Prescindiendo por ahora de la oportunidad y escabrosidad de semejante modo de investigación. Hago notar sólo las proporciones que adquiere hoy la manifestación, el interés que despierta ella como fuente de estudio, y el tesón y la acerbidad con que se la cultiva. Que los buenos estilos agustinianos no se guardan siempre en tales trabajos, es cierto; pero algo del gran

Africano se está haciendo sentir aún en la estadística interiorista más audaz y estrafalaria. De todas formas, las ventajas reportadas de la sicología por parte de la pedagogía, la dirección de las almas, la siquiatria, etc., son evidentes.

Hay, por fin, una antropología con alardes de ontología, conocida comunmente como existencialismo, que invoca al Santo, y que si no ha nacido, quiere vivir al menos bajo su signo. Su campo de estudio es la subjetividad —no el subjetivismo—, y su grito: busquemos de una vez la naturaleza y el sentido del ser ahondando en el ser del hombre, es decir, descubriendo los secretos de la ontología a través del ser más a mano. Analiza, de consiguiente, en sus actividades íntimas el ser del hombre, los elementos que le definen, y surgen como tales, extraídos de la introspección de la interioridad humana, vagos rumores de contingencia, de amenaza y de inseguridad. En los análisis de esta antropología de la profundidad, el pobre mortal humano no ve sino el dramatismo de una existencia, casi absurda, que se mueve como la hoja trémula en el árbol, y que se ve lanzada a una carrera ciega, sin más precisión de líneas ni zonas claras dentro de ella, que sus dos extremidades, una y otra iluminadas por la nada o la nihilidad.

Ello ciertamente sabe a agustinismo en los análisis de la interioridad y en las inquietudes anímicas de que hace derroche. Sólo que el Santo, en alas de una filosofía salvadora, sabía despegar del fondo dramático que en ocasiones le estremecía, lo que no todos los existencialistas pueden decir. En todo caso, el Santo una vez más vive en este pensamiento, y vive por interiorista y por su hondo sentido humano.

No es poco, según llevamos visto, lo que San Agustín ha puesto en las letras y ciencia de la intimidad. Y no es también poco lo que por sólo esto debe la cultura occidental al cristianismo. De él dimana el hallazgo del mundo interior, y del estudio del mismo brota una floración mental rica en interés y contenido.

Se confirma una vez más que la civilización, aun en lo que desconoce o quiere desconocer, está viviendo de los jugos vitales que le ha ido preparando la religión cristiana. La dignificación del trabajo, la humanización de la esclavitud, la elevación de la mujer, con el cultivo de la interioridad y otros muchos bienes espirituales a este tenor, deben entrar en la cuenta de lo que disfruta hoy la cultura merced a sus múltiples y fecundos contactos con la Fe.

JOAQUÍN IRIARTE, S. I.
*Profesor de Historia de la Filosofía
 en las Facultades Filosóficas de Oña
 (Burgos) y San Cugat del Vallés
 (Barcelona).*

El Psicoanálisis de Freud y los Problemas Morales (*)

Sabido es que en el campo psicoanalítico se ha iniciado en los últimos decenios una corriente *espiritualista* prometedora de preciosos resultados en la terapéutica de las neurosis y trastornos psiconeuróticos y que ha de terminar por depurar el psicoanálisis clásico de la escuela freudiana de sus originarias impurezas, aprovechando los innegables elementos de valor que contiene, pero completándolos con otros valores esenciales del psiquismo humano, enteramente olvidados o ignorados por FREUD. Basta recordar aquí los nombres de DAIN, URBAN, CARUSO, FRANKL, NIEDERMEYER y otros impulsores de esa corriente. Y aunque es verdad que algunos psicoanalistas católicos hacen esfuerzos para incorporar el psicoanálisis en el cuadro dogmático-moral del catolicismo, hay que reconocer que no todos logran su cometido; se muestran aún exageradamente aferrados al fundador y les cuesta desprenderse de ideas y lenguaje inadmisibles. Tales creemos que son, salvando siempre sus excelentes intenciones, por ejemplo MADAME CHOISY, el sacerdote MARC ORAISON, y en la práctica profesional del psicoanálisis, muchos de segundo orden, cuyos fracasos se deben tal vez sobre todo a este fanatismo freudiano que les obliga a moverse fuera de la órbita de la verdad.

El presente artículo no va a referirse al psicoanálisis representado por estos depuradores del mismo. Sólo vamos a referirnos al psicoanálisis de FREUD y de su escuela ideológica; y esto desde el punto de vista *moral* soamente, o si se quiere, *dogmático-moral*, tal precisamente como lo consideró el Papa Pío XII en su notable Discurso del 15 de abril de 1953 a los participantes en el V Congreso Católico de Psicoterapia y Psicología clínica, en Roma. Y aun podríamos añadir que este artículo no va a ser más que un comentario, aunque no ceñido, al mencionado discurso.

Es frecuente considerar el psicoanálisis en un triple sentido o plano: el *terapéutico*, el *psicológico* y el *metafísico*. Inicial-

(*) Conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico de Balmesiana el 7 de mayo de 1954.